



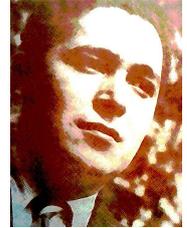
NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS

Nicomedes Guzmán



Nicomedes Guzmán cuando recibió el Premio Nacional del Pueblo, en San Miguel. Está con Pablo de Rocka, Mario y Julio Palestro, Maffud Massis, Mario Ferrero, entre otros. 1961.

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



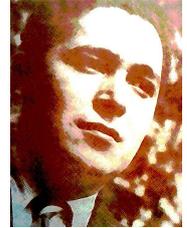
BREVE RESEÑA DE NICOMEDES GUZMÁN

Guzmán, escritor y periodista de origen proletario, es reconocido como el más claro exponente de la generación del 38, y, aunque sólo vivió hasta los cincuenta años de edad, alcanzó a legar una vasta obra literaria caracterizada por una gran prosa llena de metáforas y figuras literarias, que puso en el centro del relato al hombre y su entorno, rescatando con precisión y genuinamente los valores de la familia proletaria y sus luchas de la primera mitad del siglo 20, ambientada en los suburbios de Santiago, barrio Mapocho.

Es autor de las novelas *Los Hombres Oscuros* (1939), *La Sangre y la Esperanza* (1943 y publicada en Buenos Aires en 1947) y *La Luz Viene del Mar* (1951); de conjuntos de narraciones o novelas breves: *Donde Nace El Alba* (1944), *La Carne Iluminada* (1945), *Una Moneda al Río* (1948), “Coin in the River” (1950) en Illinois, Estados Unidos, *Leche de Burra* (novela de bolsillo, 1953), *Una Moneda al río y otros cuentos* (1954, Illinois Estados Unidos), *El Pan Bajo la Bota*, cuentos (1960); *La Poruña y Los trece meses del año* (1964, capítulos de novela inconclusa); y *Estampas Populares de Chile*, crónicas (2007).

Los escritores nacionales reconocen en Guzmán a un promotor excepcional de la literatura chilena, en general, y de los jóvenes autores, en especial, incluyéndolos en antologías y en variadas notas bibliográficas en revistas, diarios y talleres literarios, en municipalidades y universidades del país. Lideró obras editoriales tales como la antología *Nuevos Cuentistas Chilenos Editorial Cultura* (1941). *Antología de Baldomero Lillo* (1955), *Antología de Carlos Pezoa Véliz* (Poesía y Prosa, 1957); *Antología Autorretrato de Chile* (1957, recopilación de 50 autores chilenos). *Antología de Cuentos [de] Marta Brunet* (1962) *Antología de Cuentos Chilenos* (1969). Asimismo cumplió un rol fundacional del taller literario en Chile desde 1958, fue invitado observador de los similares realizados en Argentina y Uruguay participando en variados talleres literarios en Iquique, Rancagua, Concepción, Valparaíso y Punta Arenas. Además fue invitado a dictar una gran cantidad de conferencias a lo largo de Chile.

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



En 1944 obtuvo el Premio Municipal de Santiago, por su novela *La Sangre y la Esperanza* y en 1961 recibió el Premio Nacional del Pueblo (Pablo de Rocka) otorgado por la Municipalidad de San Miguel en su género novela. Era serio candidato al Premio Nacional de Literatura cuando murió en junio de 1964.

Sus dos novelas *La Sangre y la Esperanza* y *Los Hombres Oscuros*, editadas actualmente, son testimonio de que lo genuinamente popular es reconocido; está vivo en cada rincón del país y la literatura social, que testimonia tan prístinamente, sigue deambulando en plazas y barrios; la ternura de aquel hombre, que se gasta el único billete que tiene abandonado en su bolsillo en comprar un pájaro en su jaula sólo para luego abrirla frente al vendedor, y verlo volar, todavía nos emociona y dice que la literatura “nicomedea” está tan viva como necesaria es, en un mundo estereotipado por lo individual, el consumismo y el lucro a ultranza.

DEL PENSAMIENTO DE NICOMEDES GUZMÁN

Para Nicomedes Guzmán la literatura tiene “una responsabilidad vital: crear el clima propicio a la paz, al mejor entendimiento entre los hombres, esto a trueque de describir sus luchas, decir sus verdades, incidiendo, incluso en lo que hay en los seres de corrosivo, enfrentando los aspectos de negación humana, con las virtudes, particularmente la ternura que.....es el don más varonil del hombre, el basamento de todos los actos de la existencia. La ternura es el origen de los mejores méritos humanos. El trabajo mismo, sin ternura que derive hacia la pasión, no tendría razón de ser, como el amor, como el ansia de superación”.

“En el aspecto material –dijo Guzmán- podría asegurar que soy un hombre que no ha obtenido de la sociedad otra cosa que lo exclusivamente necesario para vivir en constante vigilia, no quiero decir zozobra. El mío es el caso, incluso, de la mayoría de los escritores de mi patria: trabajar en lo que se puede durante el día y dedicarle a la tarea de



NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS

creación aquellos instantes que se le deben a la familia, a la lectura, al estudio, al propio descanso. No se entienda esto por queja. De ningún modo. Existo luchando, Y, si hubiera de lamentarme, no sería por mí, sino por los demás, por mi pueblo –sintetizando–, que se merece un destino que tendrá que lograr algún día”. “.... quede establecido... mi agradecimiento..... para los que acepten las narraciones que siguen como la verdad desollada de ciertas vidas que discurren en el existir chileno.”

PABLO NERUDA ACERCA DE NICOMEDES GUZMÁN

“Cuando Nicomedes Guzmán, descargó sus libros tremendos, la balanza se vino abajo, porque nunca recibió un saco tan verdadero. No era un costal de joyas. La verdad pesaba como una piedra. Los dolores llenaban aquellos libros andrajosos y deslumbradores, que se nos echaban a la conciencia.

Pero siempre en Guzmán existió la ventana submarina y ninguna desdicha encarceló su espacioso corazón. Por la ventana labrada en sin par esmeralda entraron en él inabarcables sueños, y hoy este pequeño volumen de versos reaparece con los adolescentes tesoros.”

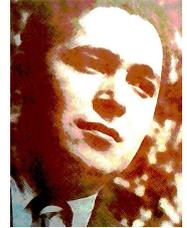
“Su susurrante dulzura pareciera no convivir con las cicatrices que nos imprimió “La Sangre y la Esperanza”, pero es signo de la grandeza que el escritor que nos develara el infierno de las calles de Chile tenga otro sello de errante desvarío, sueños y cenizas que le agregan la infinita dimensión de la poesía.

“No hay unidad del hombre y la vida sin que se hagan presentes la realidad y el sortilegio. Por eso este librito olvidado por su autor lo identifica una vez más como escritor victorioso: una vez por la conciencia inapelable y otra por los sueños irrenunciables.”

Pablo Neruda

Isla Negra Septiembre de 1959, prólogo de “La Ceniza y el Sueño”

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



NICOMEDES POR NICOMEDES (*)

El veinticinco de junio de 2014 se cumplirán cien años desde que el joven matrimonio formado por Rosa Guzmán Acevedo y Nicomedes Vásquez Arzola, ambos de origen proletario, vieran nacer, en el Barrio Club Hípico, en Santiago de Nueva Extremadura, al sur de la ciudad, a su primer hijo Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán, quien desde el año 1937 sería reconocido como el escritor Nicomedes Guzmán cuando publicó su primer libro de poemas “La Ceniza y el Sueño”.

Tal cual lo describe el propio Guzmán, muy pronto, sus primeros años le enseñaron el sabor de la libertad en el Barrio Mapocho, inmediato al escuálido río del mismo nombre, en los años de la primera mitad del siglo XX, refugio de vagabundos, trabajadores del ripio y recolectores de desperdicios posibles de industrializar. Un barrio trágico, pero de una “arisca y avasallante belleza” que más adelante desentrañó ambientalmente en sus novelas “Los Hombres Oscuros” y “La Sangre y la Esperanza”, las cuales le bastaron para adquirir una impresión realista de aquel medio en que vivió esos años.

Sus padres eran obreros: él, Nicomedes, maquinista tranviario; ella, Rosa, dedicábase a las labores de la casa, y esto era ya mucho, pues, la familia era numerosa.

En el curso de las páginas de sus obras, Guzmán esboza en muchas ocasiones los perfiles materiales y la virtud de alma de sus padres. Así, algunos de sus personajes, especialmente en “La Sangre y la Esperanza”, pasaron derechamente a apropiarse de la sobresaliente poesía de sus caracteres.

Guzmán trabajó desde pequeño. La vida en el trabajo precoz, comúnmente reservada para hombres mayores, le fue una escuela dura pero muy valorada. Los urgentes menesteres hogareños le obligaron a enfrentarse a la visión de un mundo en mucho espantable, desconcertante y, sin embargo, ejemplarizador para él. Fue acarreador de cajas en una fábrica de artículos de cartón, ayudante de chofer, mandadero, ayudante de



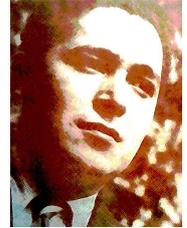
NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS

tipógrafo y encuadernador y otros menesteres; hasta que pasó a ocupar el más humilde puesto en una modesta oficina de corretaje de propiedades. Ahí, aunque inicialmente enceraba el piso y pegaba carteles de alquiler en las calles, lo cuenta el escritor, es que comienza su formación intelectual, al encontrarse en lo cotidiano con uno de de sus más caros afectos ajenos al hogar: la máquina de escribir.

Antes, y sin que discerniera acerca de ello, el joven había escrito algunas viñetas literarias que enviaba firmadas como OVAGUZ, muy esperanzado, a la revista infantil El Peneca. “Deben de haber sido terriblemente malas”, evaluó más tarde el escritor, puesto que no le eran publicadas. Recién cuando se acercó a la veintena de edad la revista le publicó varios cuentos de su nobilísima pluma.

Por esta época el negocio de corretaje había prosperado y pasó a ser secretario de la empresa comercial. Asuntos bursátiles, loteo de sitios, compra-venta de propiedades, parcelaciones rurales, cobranzas de arriendos, correspondencias varias, depósitos en el banco, no le fueron impedimento para sus aficiones literarias y deportivas.

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



Nicomedes por Nicomedes

Por Nicomedes Guzmán

para la edición del conjunto de cuentos *Una Moneda al Río y Otros Cuentos* (1954)

Mi editor quiere que escriba algo sobre mí mismo, a propósito de esta edición de algunas de mis narraciones.

Nací el 25 de junio de 1914 en un barrio llamado del Club Hípico, en Santiago de Nueva Extremadura, al sur de la ciudad. Mas, mis primeros años me enseñaron el sabor de la libertad en un lugar muy distinto, el que yo llamo Barrio Mapocho, inmediato al escuálido río del mismo nombre, refugio de vagabundos, trabajadores del ripio y recolectores de desperdicios posibles de industrializar. Un barrio trágico, pero de una arisca y avasallante belleza que intenté desentrañar ambientalmente en mis novelas “Los Hombres Oscuros” y “La Sangre y la Esperanza”.

Y basta para adquirir una impresión realista del medio en que viví mis primeros años. Mis padres eran obreros: él, Nicomedes, maquinista tranviario; ella, Rosa, dedicábase a las labores de la casa, y esto era ya mucho, pues, la familia era numerosa. Ellos, mis padres, aun viven. Y yo les he entendido profundamente en el silencio desgarrado de su angustia, cuando, a lo largo de tiempo, han regresado a su porción de tierra, éste, este otro o aquél de sus hijos.

En el curso de mis páginas he tratado de esbozar, en muchas ocasiones, los perfiles materiales y la virtud de alma de mis padres. Así, algunos de mis personajes, especialmente en “La Sangre y la Esperanza”, han pasado a apropiarse, creo que en forma feliz, la sobresaliente poesía de sus espléndidos caracteres.

Trabajé desde pequeño. Y me alegro de ello. La vida en el trabajo precoz comúnmente para hombres mayores, me fue una escuela dura, pero maravillosa. Los urgentes menesteres hogareños obligaron a enfrentarme a la visión de un mundo en mucho

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



espantable, desconcertante y, sin embargo, ejemplarizador. Fui acarreador de cajas en una fábrica de artículos de cartón, ayudante de chofer, mandadero, ayudante de tipógrafo y encuadernador y otros menesteres, hasta que pasé a ocupar el más humilde puesto en una modesta oficina de corretaje de propiedades.

Aquí comienza tal vez mi formación intelectual. Y en este lugar conquisté algunos de mis más caros afectos ajenos al hogar. Entre estos afectos se destacaban dos máquinas de escribir, dos aparatos, el uno viejo como una locomotora derrengada, y el otro más joven, brioso, si así puede decirse; pero, ambos materia siempre dispuesta a mi curiosidad y a mis afanes de echar a perder carillas.

Antes, y sin que yo discerniera acerca de ello, había escrito algunas viñetas literarias que enviaba, muy esperanzado, a una revista infantil. Deben de haber sido terriblemente malas, puesto que no eran publicadas. Mi buena y heroica madre, observándome, me aconsejaba tierna y piadosamente: -Déjate de cosas, mi hijo. Si no te toman en cuenta. Eso de escribir es cosa para gente adinerada. Por esta época ya no enceraba el piso de la oficina ni salía a pegar carteles de alquiler a las calles. El negocio había prosperado. Y era el flamante secretario de la brillante empresa comercial. Asuntos bursátiles, loteo de sitios, compra-venta de propiedades, parcelaciones rurales, cobranzas de arriendos, correspondencias varias, depósitos en el banco, no eran obstáculos para que mis aficiones literarias y deportivas se sintieran en plena libertad.

Lo mismo madrugaba para ir a dar unas cuantas vueltas a la pista atlética de la Quinta Normal de Agricultura, como para ir hasta el Mercado “La Vega”, junto al río Mapocho, a observar el trabajo de los cargadores, el remate de verduras, la llegada y la salida de las carretas en medio de la bruma matinal. En estas incursiones me acompañaba un hermano menor, Hernán, hoy trágica y lamentablemente fallecido.

Publiqué mi primer libro en 1938. Eran nueve poemas que se editaron bajo el título de “La Ceniza y el Sueño.” Una modesta edición. Ella me creó la oportunidad de conocer a nuestro formidable poeta, Pablo Neruda. Desde entonces, somos amigos. Juntos anduvimos alguna vez por el norte de Chile, conociendo y valorizando la grandeza de aquella tierra terca y estupenda y la anchura de alma de sus hombres.

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



A fin de cuentas, no era el verso lo más valedero para mí. En un país de grandes poetas como Chile -Neruda, Cruchaga Santa María, Huidobro, la Mistral, de Rokha, Juvencio Valle, Jacobo Danke y tantos otros, mis afanes líricos no iban a prosperar.

Y seguí trabajando. Mi primera novela, *Los Hombres Oscuros*, 1939, se escribió con sacrificio y se editó con un sacrificio mayor aun. Don Alberto Lagos, propietario de una pequeña imprenta cercana a mi barrio, hizo componer la obra a tipo parado” y la imprimió personalmente en una prensita a pedal. Las tapas -lo recuerdo bien, porque el canto de los gallos nos sorprendió dándole término- se hicieron a la luz de una vela, puesto que a mi editor le habían suspendido el suministro de energía eléctrica, compréndase bien por qué. Sin embargo, he aquí que la publicación de ““Los Hombres Oscuros” fué en mucho la razón por la cual hube de abandonar la oficina de corretaje de propiedades en que había laborado durante nueve años. Con la ayuda de un pariente cercano, obtuve un trabajo de ayudante de carpintero en un edificio en construcción. De esta labor, pasé a ser ‘alistador’, o sea, el hombre que controla la entrada y salida de los obreros, la entrada y salida de materiales, la confección de planillas de pago y asuntos similares.

Publiqué “Nuevos Cuentistas Chilenos”) una obra antológica en que consideré a una serie de valores de la narrativa nacional, en 1941. Mi novela “La Sangre y la Esperanza” (Premio Municipal de Santiago, 1943) es la obra personal que ha destacado más ostensiblemente en los medios literarios de Chile. Alrededor de sus varias ediciones, -incluída una en Buenos Aires, República Argentina, -se han suscitado opiniones variadas, favorables o desfavorables.

A “La Sangre y la Esperanza” siguió “Donde Nace el Alba’ conjunto de novelas breves, que la crítica incidió en parangonar con mi libro anterior, en desmedro, desde luego, del contenido humano de aquél, puesto que, por su natural técnica, lejos estaba de resistir comentarios en un plano de competencia. A mi entender cada libro de un autor tiene vida externa e interna propia y la crítica debe enfrentarlo en su existencia particular, sin recurrir al antiguo procedimiento comparativo en cuanto a otros, de la producción de un creador.

NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



Posteriormente se me editaron las obras: La Carne Iluminada, novelas cortas, 1945, y La Luz Viene del Mar, novela, 1941, en que intento una interpretación de la vida del norte grande (o bien, la zona del salitre) de Chile. Pronto se me publicará un volumen de cuentos: El Pan Bajo la Bota, del cual figuran en el presente volumen tres trabajos. Me encuentro terminando una nueva novela: Por Esta Luz Que Me Alumbra, segundo volumen del ciclo que comencé con La Sangre y la Esperanza, y que llevará el título genérico de: Tiempo Ganado.

Creo que la literatura tiene una responsabilidad vital: crear el clima propicio a la paz, al mejor entendimiento entre los hombres, esto a trueque de describir sus luchas, decir sus verdades, incidiendo, incluso en lo que hay en los seres de corrosivo, enfrentando los aspectos de negación humana, con las virtudes, particularmente la ternura que, a mi entender, es el don más varonil del hombre, el basamento de todos los actos de la existencia. La ternura es el origen de los mejores méritos humanos. El trabajo mismo, sin ternura que derive hacia la pasión, no tendría razón de ser, como el amor, como el ansia de superación.

He viajado por todo Chile; además a Buenos Aires y a Montevideo, con fines culturales. He dictado conferencias sobre literatura nacional y aspectos humanos y pintorescos de nuestra tierra en las más importantes ciudades del país, con el patrocinio especial del Ministerio de Educación Pública, de la Universidad de Chile y la Universidad de Concepción. Desde hace cinco años trabajo en el Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación Pública.

En el aspecto material, podría asegurar que soy un hombre que no ha obtenido de la sociedad otra cosa que lo exclusivamente necesario para vivir en constante vigilia -no quiero decir zozobra. El mío es el caso, incluso, de la mayoría de los escritores de mi patria: trabajar en lo que se puede durante el día y dedicarle a la tarea de creación aquellos instantes que se le deben a la familia, a la lectura, al estudio, al propio descanso. No se entienda esto por queja. De ningún modo. Existo luchando, Y, si hubiera de lamentarme, no sería por mí, sino por los demás, por mi pueblo -sintetizando-, que se merece un destino que tendrá que lograr algún día.



NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS

Para terminar, quede establecido aquí mi agradecimiento para mi editor señor Paul J. Cooke y para los que acepten las narraciones que siguen como la verdad desollada de ciertas vidas que discurren en el existir chileno.

Santiago, Chile, Diciembre 7 de 1954





Croquis del Corazón, de Nicomedes Guzmán

Por Óscar Vásquez

Palabras en ocasión de la presentación de la última edición de “La Sangre y la Esperanza”. Santiago de Chile

Para hacer esta nota, hemos tenido que desarchivar, por estos días, papeles amarillos, fotografías, recortes de diarios y escondidos –u olvidados– recuerdos acumulados en nuestro magín, que no pierden vigencia. Se trata de un almacén retrospectivo que, de todos modos, nos estremece el alma, los huesos, las nervaduras.

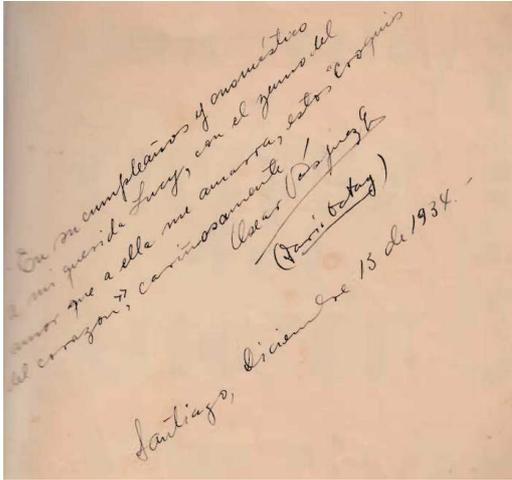
Digamos que es la remembranza viva que nos corre por las venas

Estamos recordando a varias personas en una. A nuestro padre. Al camarada de todos nuestros tiempos aún más allá de las cenizas. Al grande, chileno y humanista escritor. Al maestro de la vida. A un profundo soporte de la amistad y la solidaridad, asunto este último del que pueden dar fe y recordar muy nítida y transparentemente los sobrevivientes de la generación de 1938.



El poemario "La Ceniza y el Sueño" suele ser aludido siempre como el primer libro de Nicomedes. No es, sin embargo, su obra inicial.

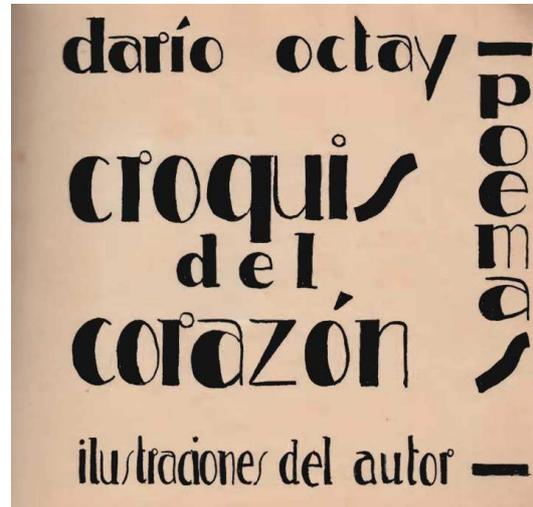
En 1934, a los veinte años, editó un conjunto de versos muy peculiar, que realizó lentamente con sus propias manos. Un solo ejemplar con destino a una única lectora: Lucia Salazar Vidal. Es posible que esa haya sido la primera artesanía de Nicomedes, porque después se convirtió en el tierno hacedor de volantines en miniatura para la misma destinataria.



Y recuerdo que tuve que descerrajar casi "a la mala" un baúl de íntimas y queridas añejeces de mi madre, para romper y conocer el secreto de ese tesoro de la juventud del novelista. El libro se llama "Croquis del corazón, poemas, 1934"- Tiene una dedicatoria que aparece firmada por Oscar Vásquez Guzmán (su nombre civil es Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán) y, en paréntesis, Darío Octay. Se indica el sitio de la edición, Santiago, y luego una fecha, diciembre 13 de 1934. *En* la página 4 se repiten el título y el seudónimo y se agrega una leyenda: "ilustraciones del autor".

Antes que el escritor decidiera rendir un homenaje a sus padres haciéndose llamar literariamente Nicomedes Guzmán, su seudónimo fue ése, el de Darío Octay. Presumo que en eso tuvo que ver su admiración por el nicaragüense Rubén Darío y su anhelo que, después a lo largo de su existencia concretó casi con alevosía, de viajar,

entre tanto confín, por la zona sur de nuestro país. Puerto Octay, por ejemplo.



Volvamos a "Croquis del Corazón". La portada lleva un dibujo hecho a tinta china y el título está escrito con la caligrafía personalísima de Nicomedes, en tipos de imprenta trazados con una antigua lapicera de pluma metálica Parker. El resto, la diagramación, la encuadernación, el empaste, están realizados con exacta prolijidad.

"Croquis del Corazón" está dividido en tres capítulos: "Crepuscular", "Sonrisas" y "Primicias de Campestre", títulos que hablan por sí solos del contenido del poemario: las tristezas y alegrías de la juventud y la etapa sentimental vivida por entonces. La dedicatoria anota: "Para ti, amada de los cabellos de oro, de los ojos marinos y las primaveras grávidas. /Ponme las manos y recibe la pureza de mis sentimientos captados en estas páginas. Darío Octay".



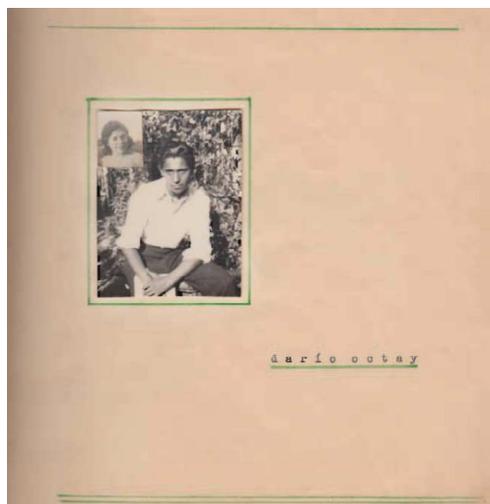
NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS

Cuatro años más tarde vino "La Ceniza y el Sueño" y desde ya no hubo más versos, salvo dos poemas más que se agregaron en 1960 en la segunda edición de la misma obra, precisamente, que apareció con el sello Grupo Fuego de la Poesía. Vino su salto exitoso a la prosa, con la novela "Los Hombres Oscuros" (1939), justificando a su manera en la única nota autobiográfica suya que "a fin de cuentas no era el verso lo más valedero para mí. En este país de grandes poetas como Neruda, Cruchaga Santa María, Huidobro, Mistral, de Rokha, Juvencio Valle, Jacobo Danke y tantos otros, mis afanes líricos no iban a prosperar".

Ahora vamos con Nicomedes, su vida y su relación con algunos personajes de su prosa.

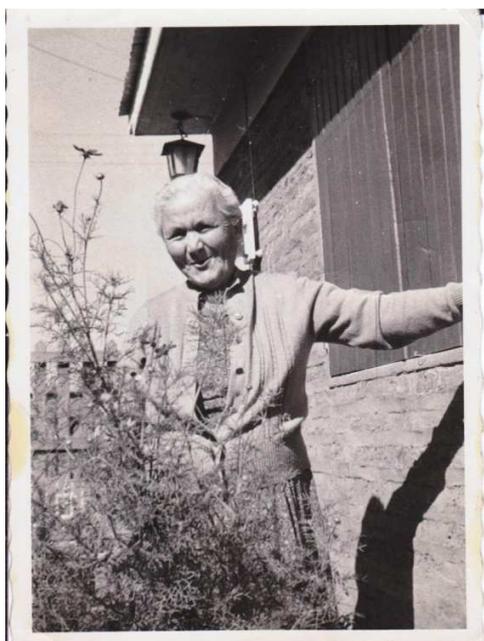
Mi abuela Rosa Guzmán Acevedo, la obrera doméstica de la dedicataria de "Los Hombres Oscuros" e inspiradora del personaje LAURA, la madre de ENRIQUE QUILODRAN en "La Sangre y la Esperanza", sobrevivió los 95 años de edad hasta hace poco. Entró contadas veces, pese a las ternuras que nos brindó, en confidencias con sus nietos. Pero un buen día, yo me acerqué a ella planteándole mi condición de reportero e intenté explicarle que mi definitivo propósito era desentrañar el "antes" de mi padre y la posible relación o simbiosis entre Nicomedes niño y el personaje Enrique Quilodrán. Valga indicar que mi padre también mantuvo

un casi permanente hermetismo sobre su pasado, de tal manera que yo sabía poco de él, no obstante que, si asimilaba su infancia con la de Enrique Quilodrán, entonces sí resultaba que sabía mucho. Al insistir sobre mi propósito con mi abuela ese día, logré que gradualmente fuera animándose a hablar sobre sus recuerdos, y ella lo hizo de este modo.





NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS



"En 1914 ya existía tu tía Elena. Tu abuelo quería, a propósito de mi nuevo embarazo, que tuviera un hombrecito. Tonterías de matrimonio joven. Tu padre nació entre las 10 y las 11 de la noche del 25 de junio. Vivíamos en Rondizzoni, frente al Parque Cousiño (hoy Parque O'Higgins). Esa noche, tu abuelo se persignó emocionado, como católico entre pasivo y practicante que era. La vida era muy dura. Tu abuelo oficiaba de mecánico. Eran tiempos de mucha cesantía y de represión, y los trabajadores comenzaban a organizarse. Vivíamos en cuartos que se hacían pequeños con la llegada de los nuevos hijos y había que salir a buscar otros arriendos. Así fue como emigramos del barrio del Club Hípico al barrio San Pablo, a vivir en la calle Mapocho 2490 esquina de García Reyes. Al frente estaba la garita de los antiguos tranvías;

posteriormente se transformó en depósito de la Empresa de Transportes del Estado (que hoy ya no existe)".

"Junto con tu tía Elena, tu padre asistía a una escuela situada en la calle Ricardo Cumming, entre San Pablo y Rosas. Claro que él iba sólo de oyente, pues era muy chico todavía. Pero lo mandábamos a la escuela porque su inquietud sí que era muy grande, como que no cabía en la casa. Uno de sus desahogos era el dibujo, para el cual tenía un verdadero y natural talento". En este punto, los recuerdos conmovieron a la abuela.

Ella, mi tía Elena, la hermana mayor de mi padre, falleció siendo aún una niña, él la hizo sobrevivir en la novela, donde ni siquiera le cambió el nombre. Los tiempos se sucedían difíciles. Los abuelos se tuvieron que repartir la responsabilidad de la brega diaria por el pan. El ya era por entonces maquinista tranviario y ella alternaba sus tareas de madre con las de lavandera. Mientras tanto, Oscar Nicomedes asimilaba sin problemas todo lo que le enseñaban en la escuela primaria. "La letra le entraba sin sangre", más bien "con luces".

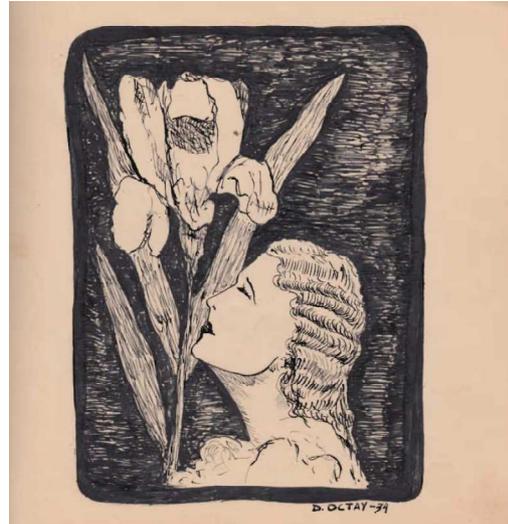
Paralelamente aprendía lo que era la vida de su pueblo y de su clase, y de allí debió surgir su comprensión profunda de la lucha, la solidaridad y la ternura. Tendría que haber ido al liceo, pero no pudo hacerlo porque no había como costearle sus estudios. Ingresó tempranamente al mundo del trabajo,



como Enrique Quilodrán en "La Sangre y la Esperanza".

Así lo dice él mismo en la autobiografía ya aludida en estos recuerdos. "Los urgentes menesteres hogareños obligáronme a enfrentarme a la visión de un mundo en mucho espantable, desconcertante y sin embargo ejemplarizador. Fui acarreador de cajas en una fábrica de artículos de cartón, ayudante de tipógrafo, ayudante de chofer, encuadernador".... "Una escuela dura, pero maravillosa". Así, al igual que sus padres, Nicomedes debe trabajar. Como que debe dejar de ser niño sin ser un hombre todavía. Es una etapa dolorosa, de ingrato deambular porque deben nuevamente mudarse de sector, esta vez a la calle José Besa, cerca de Loyola, y él irremediamente sufre la nostalgia de su entrañable barrio Mapocho.

No hay que olvidar que ese barrio, el barrio Mapocho, encierra una importancia esencial en la vida literaria de Nicomedes Guzmán: allí se asienta el microcosmos de "La Sangre y la Esperanza", esa gran novela proletaria chilena.



Por entonces, escribe en El Peneca, donde le publican notas sobre efemérides nacionales, poemas, cuentos breves, primero con el seudónimo de Ovaguz, y luego como Darío Octay. Nueva mudanza, esta vez al barrio del Blanqueado, en la calle Osorno, en el punto preciso donde la comuna de Quinta Normal pasaba a ser Las Barrancas (hoy comuna de *Lo Prado*). Sin consultar con sus padres, se matricula en el liceo nocturno Federico Hansen, mientras sigue trabajando de día. Estudia mucho, aunque el bicho de la escritura lo ha picado ya y sin vuelta. Escribe versos en cantidades y dirige una revista izquierdista que también ilustra.

"¡Cómo dibujaba! - exclamó aquella vez la abuela Rosa- recuerdo un retrato que hizo de tu abuelo y otro de una niña, que no era otra que Lucía, tu madre."

Nicomedes y la generación de 1938. Hito importante del acontecer literario



NICOMEDES GUZMÁN 100 AÑOS

chileno de este siglo. Aunque, lamentablemente, poco conocido por los jóvenes de hoy. Es menester leerlo. Era necesaria la reedición de "Los Hombres Oscuros" para referir1 o. Es necesaria la reedición de "La Sangre y la Esperanza" en procura del mismo propósito. Es necesario el rescate de la narrativa de contenido social como lo está haciendo LOM. Fundamentalmente porque los escritores del 38, con Nicomedes al frente, convertido en una suerte de líder, hermano mayor o suscitador literario, estuvieron directa o indirectamente ligados a través de sus obras o de su acción pública, de manera íntima, como Neruda, a las luchas de nuestro pueblo.

Fue un demócrata cabal y amante conmovedor de la libertad del hombre o de cualquier ser viviente, incluyendo pájaros. Nicomedes compró un día - pese a las protestas de mi madre, porque estaba gastando el dinero de la comida - una jaula con una "pájara canora", según el pregón comercial del vendedor callejero. Una vez que la transacción se

concretó, Nicomedes liberó el avecilla ante la mirada atónita del comerciante y de algunos transeúntes de la vieja Alameda. Y luego, dirigiéndose al negociante, le dijo con un dejo de dureza: "*Parece* que usted, mi amigo, no tiene idea de lo que es libertad. Tome su jaula. Si puede, métase adentro y me entenderá".

Eso es todo. Muchas gracias.

